

Karol Wojtyła: resistir por elevación

JOAQUÍN GARCÍA-HUIDOBRO
CORREA



Profesor de Derecho, Universidad de los Andes

Cuando Karol Wojtyła nació en 1920, hacía pocos años que Polonia existía como Estado. Esta circunstancia no es casual. Durante largos períodos de su historia, su territorio se había repartido entre Prusia y Rusia. Sus fronteras no tienen grandes montañas u otros accidentes geográficos que faciliten su defensa, de modo que la identidad polaca no se apoya en la geografía ni en la historia: por sí solas, ninguna de ellas habla a favor de una Polonia independiente. Su identidad reside en otra dimensión, en la cultura. Por eso, hay una consonancia perfecta entre sus circunstancias biográficas y su idea de la prioridad de la cultura sobre la economía, la política y las armas.

El joven Karol experimentó desde temprano una especial fascinación por la naturaleza y por la palabra. El teatro y la poesía lo entusiasmaban. Terminada la secundaria, se inscribió en Letras en la centenaria Universidad Jagellónica, en Cracovia. En 1941 se integró a un grupo de teatro rapsódico. La propuesta de esta forma dramática coincidía muy bien con algunas de sus intuiciones fundamentales: la fuerza del teatro estaba no en los escenarios y decorados, sino en la vitalidad de la palabra. Los espectadores eran enfrentados con un teatro desnudo, puro.

Poco duró el contacto de Karol con el mundo universitario. En 1939 Polonia fue ocupada por los alemanes. Los nazis sabían bien que para destruir el alma polaca debían destruir a la intelectualidad. La universidad fue clausurada y sus profesores, enviados a campos de concentración. La misma



suerte debían seguir los estudiantes que no pudieran acreditar alguna ocupación fija. Los seminarios fueron cerrados y se restringió severamente la libertad religiosa.

Karol Wojtyła consiguió plaza en una fábrica química, como obrero. Muchas veces destacó después la importancia de este trabajo manual en la formación de su personalidad. A esos tres años les atribuyó el valor de un particular doctorado.

En el otoño de 1942 comenzó su estudio en el seminario clandestino. Se trataba de una tarea particularmente difícil, al menos por tres razones: lo hacía después de las agotadoras jornadas de trabajo como obrero; corría peligro su vida, y además debía enfrentarse con la filosofía escolástica, que le representó una dificultad no pequeña. Pero

vio que el realismo filosófico de los tratados de metafísica guardaba una notable continuidad con su experiencia de trabajo manual y le reafirmó la convicción de que el mundo es inteligible, a pesar de lo que digan las diversas formas de escepticismo.

El año 1945 trajo consigo el fin de la ocupación nazi y el comienzo de otra forma de opresión, el comunismo. En 1946 fue ordenado sacerdote y enviado a Roma, para doctorarse en Teología con una tesis sobre San Juan de la Cruz.

A su vuelta a Polonia, sus intereses intelectuales se concentran en la fenomenología. Estudió a fondo la ética de Max Scheler y también la filosofía práctica de Kant. Este contacto con la filosofía moderna y con la fenomenología marcó su peculiar estilo intelectual, muy diverso del de sus maestros escolásticos, aunque compartiera con ellos muchas intuiciones fundamentales.

El retorno a Polonia, aunque no interrumpió su trabajo intelectual, fue acompañado de una intensa actividad como sacerdote. Su figura es muy distinta a la de los clérigos académicos, tan comunes en centroeuropa. Su preocupación fundamental no estaba en los libros, sino en las inquietudes, angustias y alegrías de los hombres y mujeres concretos. Iba a los libros no para buscar erudición, sino para comprender mejor el misterio del ser humano.

De acuerdo con su idea de que lo radical para una nación no es la política o la economía, sino la cultura, mantuvo un constante diálogo con intelectuales. No solo con filósofos y literatos, sino que también con físicos. Para escapar de los controles de la policía comunista, muchos de estos seminarios se realizaban de manera itinerante, en largas excursiones en kayak.

Su estilo desconcertaba al régimen comunista. Aunque le inquietaba su excesivo contacto con jóvenes e intelectuales, veía que en sus palabras no se observaba una preocupación por los temas políticos o una crítica al régimen. La actitud de Wojtyła no era una estrategia astuta para no ser molestado. Él se daba cuenta de que había que resistir por elevación. Antes que un régimen político, el marxismo era un error filosófico. La respuesta, entonces, debía ir a la raíz; se trataba de profundizar allí donde el marxismo había errado, en la idea del hombre. Décadas después, muchos católicos se desconcertarán al leer los textos de ese papa «antropocéntrico», sin entender que un genuino estudio del hombre necesariamente remite a su dimensión trascendente.

Como papa, no le faltaron dificultades, comenzando por el marxismo. Havel, Kissinger y muchos otros han señalado que fue la figura clave para explicar la caída del Muro. Una vez derrotado el comunismo, debió enfrentar adversarios más sutiles: el disenso teológico, la secularización, el hedonismo e incluso una curia que no siempre supo seguirle el ritmo. Con todo, nunca adaptó su mensaje para hacerlo políticamente correcto, y esta coherencia fue especialmente atractiva para los jóvenes. Es significativo que ese contacto con la juventud no mermara en sus últimos años, cuando su voz se hizo temblorosa y su rostro perdió su expresividad. Daba la impresión de que en ese hombre casi inmóvil y marcado por el paso del tiempo los jóvenes supieron reconocer un proyecto que trasciende el espacio y el tiempo. 